

Recordar, compartir, aprender

Valencia

Abilia Sánchez Sánchez, 77 años

Helena Girbes Beltrán, 23 años

FELICES AÑOS 30

Una noche un tanto fría aquella del 6 de febrero de 1932. Eran las seis de la mañana y bajo un sigilo absoluto dormía aquel pequeño pueblo de la provincia de Ávila, Hoyos de Miguel Muñoz. Una de sus casas esperaba la buena nueva, una preciosa niña estaba apunto de abrir por primera vez sus ojos bajo la luz tenue de un par de candiles. El banco de la cocina de aquel humilde hogar se había convertido por momentos en un paritorio, mientras la chimenea intentaba sortear los estragos propios del crudo invierno abulense. Paños, jarras con agua hirviendo por doquier y una mecha llena de aceite, todo debía estar listo para tan gran ocasión. De esta forma tan anecdótica, sin médico ni enfermera, únicamente con la ayuda de su padre y un familiar vino al mundo la protagonista de nuestra historia, Abilia.

Nos recibe en su casa de Valencia; varias han sido las entrevistas que hemos compartido con ella y siempre tenía a punto un puñado de notas en las que ha ido apuntando a lo largo de su vida, todos sus recuerdos. Su vecina Carmen ha subido a visitarla y advierte jocosamente la cantidad de hojas con las que cuenta Bili, que es como la llamaban en el pueblo. “Sí que has trabajado tú”. Abilia quiere recordar aquello que vivió para poder contar las historias a sus nietos. “Esto es para mi nieta Sofía”, dice; para que aprenda y conozca un mundo no demasiado lejano en el tiempo, pero tan distinto en la forma de vivir y en las costumbres. Hasta el lenguaje ha cambiado, como los objetos a los que hace referencia: el palanganero, el escaño, los tizones, la alcoba...

“¡Qué felices éramos en aquellos tiempos, sin nada!”, rememora Abilia con cierta nostalgia. Y es que apenas contaban con comodidades, no tenían luz, ni coches ni nada que pudiera facilitarles la vida. Era una aldea que subsistía gracias al trabajo en el campo y la ganadería; muy duro para los que lo ejercían, pero de este modo el padre de Abilia pudo sacar adelante a los 11 hijos del matrimonio. Cada vez que se dispone a hablar, se le enciende de alegría la mirada, cuando piensa y recuerda aquellos momentos.

“Hay un recuerdo que no he podido olvidar”, introduce antes de explicar con todo lujo de detalles una de las historias más queridas por ella. Contaba con apenas siete años. “Yo debía ser la más obediente de mis hermanas y mi padre me mandó a un prado compartido a vigilar las vacas. Sin más lloré, pero me acarició, me besó y acabé obedeciendo. Mientras vigilaba las vacas, encontré un objeto que brillaba. ‘Qué sorpresa, Dios mío, qué hay allí’. Lo cogí y era una cajita preciosa, con un espejo”. Se trataba de un espejo que su padre había dejado en el prado, para recompensarle por ser tan obediente. Pero para Bili era algo mágico. “Di gracias a Dios por ese regalo. Me miré y vi a una niña maravillosa”, ríe coquetamente, como si aún tuviese presente esa misma imagen. “La polvera se le había perdido a una chica del pueblo, que servía en Madrid, y era una maravilla. Con ella podía mirarme cuando quisiese, puesto que no era muy fácil mirarse al espejo, ya que en mi casa sólo había dos, uno que estaba colgado en la parte más alta de la casa y otro bien guardado, que usaba mi padre para afeitarse”. En el pueblo no había donde comprar otro y, en esa época, apenas había coches.

Abilia compara su candidez propia de los siete años con los niños de hoy en día. “Fíjate lo que sabe Sofía ahora con seis años y lo que sabía yo”. También, recuerda que la llegada de un coche al pueblo era todo un acontecimiento y que ir a Madrid era toda una odisea. “Para llegar hasta allí, íbamos hasta la Venta del Obispo con un burro, para cargar las maletas, por mitad del monte. Desde allí se llegaba hasta Ávila en coche de línea y el tren te llevaba hasta Madrid”. Cuando alguien volvía al pueblo, era habitual entre vecinos prestarse los caballos para recoger a toda la comitiva y el pesado equipaje.

De aquella vida rural recuerda algunas estampas que vivió en primera persona y que le hacen emocio-

narse sólo con recordarlo. Entre ellas está el nacimiento de unos cabritillos. “Teníamos una cabra negra a la que queríamos mucho. Era cariñosa, de color negro y mocha. ¿Sabes lo que es mocha?”. Abilia nos acaba instruyendo. “Mocha significa que no tenía cuernos”. Su hermana y ella ayudaron a nacer a dos cabritillos. “Voy a ver si soy capaz de describirlo con la misma emoción con la que lo viví. Sería una tarde del mes de mayo. Teníamos en el corral de la casa una cabra a punto de parir. Ya hacía tres o cuatro días que estábamos todos esperando que llegara el momento”, relata de manera animada. “Ese día que mi hermana y yo quedábamos a su cuidado, se puso de parto, en el suelo. Estuvo un tiempo con esfuerzos y gimiendo. Lo recuerdo muy bien, debería tener yo unos seis años, y mi hermana unos diez. Nos convertimos en médico y enfermera. Mi hermana estiró y le ayudó a sacar al primero de los cabritillos. El segundo de ellos salía con un telo que le cubría la boca y mi hermana me dijo que se lo quitara para que no se ahogase”. Después de que la cabrita limpiase a lametones a los dos neonatos, las dos llevaron a casa a los nuevos miembros para hacer partícipe a toda la familia de la alegría.

Era una casa que rebosaba de felicidad; el jolgorio de los pequeños y de los ya no tan pequeños daban vida a este hogar que un día tuvo que despedirse del pueblo que les vio nacer para buscar un futuro mejor, pero de donde no saldrán nunca porque allí vivieron los mejores años de sus vidas. Así fueron pasando los años de esta niña que se convirtió en una jovencita afable, que intentaba imitar todo aquello que veía en su madre. La adoración por su padre siempre quedó patente y ahora el recuerdo de ellos junto a los momentos vividos son los que le devuelven esa sonrisa pícaro de una niña que rebotó bondad. Fue una vida con pocas comodidades que su protagonista resume en una palabra: “felicidad”. “Fui tan feliz con tan poco, que no comprendo cómo ahora se siente uno desdichado con tanto”.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Bili recuerda aquellos años de candidez y dulzura como lo más bonitos de su vida. Le preguntamos por qué vale la pena vivir y siempre retorna a la figura de sus padres. Ellos fueron los que un día le dieron la vida y al mismo tiempo la vieron crecer. “Todavía recuerdo que jamás recibimos un azote por parte de nuestros padres. Nos querían con locura y desde pequeños intentaron educarnos de la mejor manera posible. La verdad es que con 11 hijos ésta se convertía en una tarea difícil, pero cierto es que lo consiguieron; vamos o así lo consideraban los vecinos, éramos los chiquillos más educados del pueblo”.

Le insistimos en que haga balance de su vida y finalmente intenta dejarse llevar por la improvisación y fondea en otros pasajes. “He sido muy feliz en mi matrimonio. Mi hijos son maravillosos y tengo unos nietos preciosos” Ellos han sido los protagonistas del segundo acto de su obra y su razón de ser, pero se palpa en el ambiente cierta añoranza hacia su etapa en el pueblo.

Sus notas son el reflejo de su corazón y en ellas plasma su verdadero sueño, entonces le pregunto: “Abilia, ¿cuál es ese sueño que nunca ha podido cumplir?” No se muestra dubitativa en ningún momento, justo todo lo contrario, responde al instante: “Escribir un libro con todas mis historias” Incluso me anima a que, después de este relato, trabajemos juntas en ese proyecto.

Desde ese momento entendí el porqué a todas sus notas, unas notas con una linda caligrafía, con unos trazos preciosos que simulaban dar vida a las letras. Abilia siempre se ha mostrado una mujer muy generosa, por eso mismo le parecía inaudito no mostrar y compartir con el mundo su felicidad.

En nuestro primer encuentro me reconoció que no se veía capaz de transcribir todas sus historias, las faltas de ortografía y demás la hacían echarse un poco para atrás. Fue a la escuela muy joven y no pudo permitirse el seguir estudiando: “Había que trabajar para ayudar en la casa”.

Un sueño que meses atrás le parecía inalcanzable, pero que con este pequeño pedazo siente que ya se ha cumplido una parte del gran sueño de su vida.